

**ESTRUCTURAS DEL SENTIR: REVISITANDO UNA NOCIÓN PARA ESTUDIAR
LAS MANERAS EN QUE SE EXPERIMENTAN Y ENCARNAN LAS
TRANSFORMACIONES SOCIOCULTURALES**

**STRUCTURES OF FEELING: REVISITING A NOTION TO STUDY THE WAYS
IN WHICH SOCIOCULTURAL TRANSFORMATIONS ARE EXPERIENCED AND
EMBODIED**

Resumen: El trabajo es una revisión y exploración de un concepto central de los estudios culturales, las "estructuras del sentir", de uno de los autores principales de esta tradición, Raymond Williams. El texto se plantea como un ensayo guiado por el interés o la motivación de enriquecer la *imaginación* teórica o metodológica para estudiar los fenómenos culturales actuales a partir de la definición, la reflexión y la re-contextualización de este concepto y de la obra de este autor. Fundamentalmente, se concentra en los aspectos en que esta noción puede servir a la teorización de los procesos y cambios socioculturales y arrojar luz y atención sobre una dimensión clave— la de los sentimientos y los afectos— para entender las modalidades en que se experimentan y encarnan las transformaciones contemporáneas. El texto recapitula las críticas que ha recibido el concepto y sugiere algunas ideas acerca de los caminos que pueden seguirse a partir de él.

Palabras clave: Estructuras del sentir; experiencia; transformaciones culturales

Abstract: The work that follows is a revision and exploration of a central concept of cultural studies, the "structures of feeling", by one of the main authors of this tradition, Raymond Williams. The text is presented as an essay guided by the interest or motivation to enrich the theoretical or methodological *imagination* to study current cultural phenomena from the definition, reflection and re-contextualization of this concept and of this author's work. Fundamentally, it concentrates on the aspects in which this concept can serve to theorize sociocultural processes and changes and shed light and attention on a key dimension — that of feelings and affections— to understand the modalities in which contemporary transformations are experienced and embodied. The text also makes a brief critical

journey through the theoretical and methodological challenges of this notion, and suggests some ideas about the paths that can be followed from it.

Keywords: Structures of feeling; experience; cultural transformations

Los conceptos construyen miradas y objetos de estudio, y su clarificación, revisión o crítica “es una de las condiciones fundamentales del rigor y uno de los instrumentos más eficaces de la vigilancia epistemológica”, señalan Bourdieu, Chamboredon y Passeron en *El oficio del Sociólogo* (2002, p.138). Estas condiciones e instrumentos suponen explicitar metódicamente los presupuestos, consecuencias y relaciones que se construyen y están implicados en ellos, y de este procedimiento puede esperarse una mayor univocidad de sus sentidos, una toma de consciencia de su complejidad o una neutralización de sus connotaciones cotidianas, afectivas, sociales (Bourdieu et al., 2002, p.263).

Asimismo, este examen puede evitar los múltiples riesgos presentes en el trabajo de investigación: hipostasiar o fetichizar los conceptos, o caer en simplificaciones, ambigüedades o incoherencias. Pero, a pesar de las virtudes de toda clarificación, crítica y revisión de los conceptos, estas nunca pueden determinar sus “propiedades puras” ni conquistar su validez o generalidad al menos sin pasar por la investigación empírica o la verificación experimental, es decir, esto no puede resolverse o conquistarse lingüística, lógica o argumentativamente, como señalan los sociólogos franceses (Bourdieu et al., 2002).

Sin embargo, como sostiene Lahire, aun cuando el valor científico de los conceptos sociológicos resida en el encuentro y confrontación con el mundo social, su validez también puede reconocerse a partir de la “capacidad que tengan para captar y organizar elementos” de ese mundo (2006, p.64) y, como el autor también sugiere, la reflexión y clarificación de tales conceptos puede amplificar la “imaginación sociológica en materia de construcción de objetos” (2006, p.65) y aumentar el control de los enunciados que se producen. De la misma manera, a la crítica y revisión de conceptos pueden reconocérsele otras propiedades o *virtudes*: aclarar intenciones teóricas y legados problemáticos y permitir realizar ajustes y reformas conceptuales para utilizar estas *palabras* en nuevos proyectos.

Esta *clarificación* es significativa en otros aspectos y se vuelve incluso necesaria debido a que los conceptos están *marcados* por situaciones históricas respecto de las

cuales fueron forjados: como afirma Raymond Williams respecto de las “palabras claves” (2008), estas son indicativas y significativas de ciertas formas de pensamiento, de ciertas formas de ver la cultura y la sociedad, de ciertas experiencias claves que se hacen en determinados momentos históricos y, puede agregarse, solo renovándolas pueden tener sentido en otros contextos. En síntesis, la clarificación de los conceptos puede despertar la imaginación sociológica o científica, su crítica y revisión aclarar y orientar intereses, y su ajuste y puesta a punto, servir a la consecución de proyectos y tareas empíricas inéditas, productivas: como propiciar nuevas maneras de mirar y observar la realidad social.

En este sentido se plantea el trabajo que se desarrolla a continuación, aunque más que orientarse a la revisión y crítica, se plantea más bien en los términos de una *exploración*: me centraré en un concepto reconocido de los estudios culturales, las “estructuras del sentir”, de uno de los autores centrales de esta tradición, Raymond Williams, con la finalidad de usar este concepto y la obra de este autor para, como dice él mismo acerca de las palabras claves: intentar “encontrar nuestro camino” en ellas y cambiarlas en la medida en que sea necesario (2008, p.28). El trabajo que se presenta es exploratorio también en el sentido de que no es exhaustivo, sistemático; está guiado por el interés o la motivación de enriquecer la *imaginación* teórica o metodológica, tal como se aludió, re-contextualizando un concepto que *da para pensar* y que se vislumbra con posibilidades y sentidos significativos —aun cuando en este trabajo de revisión y reconstrucción se efectúe cierta violencia sobre el mismo, como advierte Larrosa sobre los efectos que tiene el pensamiento sobre los objetos que se abordan mediante el ensayo como género de escritura (2000, p.259)—.

La selección de este concepto no es casual, está guiada por cierto interés y responde a ciertas temáticas y problemáticas actuales: me refiero a la renovación y presencia de la noción de estructura de sentimiento, o al menos de sus ecos y resonancias, en nuevos desarrollados teóricos: por ejemplo, en los estudios sobre la experiencia y los afectos o las teorías de la afectividad, que recorren los estudios culturales y las ciencias sociales en general. De hecho, los afectos parecen convertirse en la clave de lectura que faltaba para desentrañar los misterios de la política y el poder (véase por ejemplo Beasley-Murray, 2010): las disciplinas se vuelcan al estudio de cómo se construyen históricamente las emociones o qué papel cultural o político tienen los nuevos medios, lenguajes y géneros en ello. El aporte de Williams, junto con los de otros autores que intentaron pensar también la experiencia, los afectos, etc., es, en este sentido, clásico, estimulante, significativo, para repensar estas cuestiones y mirar la

actualidad, el presente, a partir de formas de análisis y miradas sobre la comunicación, el lenguaje, la sociedad y la cultura de carácter más procesuales y contextualizadoras.

El concepto

El concepto de estructura de sentimiento fue desarrollado y usado intermitentemente por Williams a lo largo de sus obras. Sarlo afirma que es uno de sus conceptos claves y el aspecto teórico más revelador de su trabajo, aunque también sostiene que es una noción que plantea tantos problemas como los que intenta abordar (1993, p.14). En *Marxismo y Literatura* (2000) el autor dedica todo un capítulo a su definición y desarrollo, pero aparece en obras anteriores, como en *Cultura y Sociedad* (2001) o *La larga revolución* (2003), en ambos casos, entre otras cosas, para referir aquello que es capturado o comunicado por escritores, críticos o artistas, y que tiene que ver no con lo que se dijo o hizo, sino más bien con cómo se vivieron o sintieron o cómo se viven y sienten las cosas en una época, en un lugar determinado, y en muchos casos, por parte de una generación en particular. Stuart Hall dice que el concepto surge originalmente "en un pequeño libro titulado *Preface to Film*, que [Williams] escribió y publicó (en 1954) con Michael Orom, un director de cine" y que está asociado al sentido —delicado e intangible— de la calidad de vida en un periodo determinado (2010, p.550).

Las estructuras de sentimientos llaman la atención y enfatizan lo vivido, lo inmediato, lo inarticulado, lo presente; hacen referencia al reinado de las reacciones o respuestas inéditas, a las decisiones o disposiciones que no tienen fundamento en una tradición, en el aprendizaje o en la inculcación previa, aunque sí, como sostendría Marx refiriéndose a la "superestructura de sentimientos", en condiciones sociales de existencia (citado por Williams, 2000, p.95). En este sentido, las estructuras de sentimientos expresan un sentido particular de la vida que remite a la vez a una comunidad particular de experiencias. Metodológicamente, es una "hipótesis cultural" (Williams, 2000, p.155) sobre los elementos y conexiones entre elementos que animan impulsos y elecciones: ella representa un intento de comprender la presencia de tales elementos y conexiones en una generación o un período, presencia que se hace evidente a partir de regularidades o, en última instancia, en *patrones* determinados.

De esta manera, el concepto puede entenderse como una manera de abordar las preguntas que hicieron quienes fundaron y desarrollaron los estudios culturales: "¿Hacia dónde va la sociedad? ¿Qué le está pasando a la cultura?" (Hall, 2017, p.35): las estructuras de sentimiento —o de la experiencia, como también las denomina Williams— son una suerte de indicador de "cambios de estados" o de "estados" emergentes, de

cierto trabajo cultural, creativo, que realizan determinados grupos o generaciones. En este sentido, el concepto dirige la atención hacia aquello evanescente e intangible que se expresa en las subjetividades e interacciones de múltiples maneras, que implica o advierte sobre posibilidades de un cambio sociocultural, que incluso incluye, como se verá, la resistencia u oposición a la cultura dominante y cuyos “contenidos” ni siquiera son necesarios “articular” para reconocer o tener efectos. Es decir, no se necesita “esperar una definición, una clasificación, o una racionalización” de estas estructuras para que ejerzan presiones o establezcan límites efectivos sobre la experiencia y la acción (Williams, 2000, p.154); ellas tienen ese potencial: son en definitiva lo que está en camino y puja por ser y realizarse, lo que se pone de manifiesto en percepciones, preocupaciones o estilos de trabajo de múltiples maneras, aunque con una dirección u orientación incierta¹.

Las estructuras de sentimientos se definen entonces por esos “elementos” y sus relaciones, pero, simultáneamente, por su *constitución afectiva en la conciencia* y su devenir gradual hacia una aparente objetividad, hacia un activo “consenso” generacional, de clase, de grupo (Williams, 2000, p.63). De esta manera, advierten sobre un “principio” que organiza la conciencia colectiva e incide en su coherencia e identidad. Esa “estructura”, esa compleja unidad e interrelación de elementos es lo que debe analizarse, y analizarse insistiendo, como Williams resalta, en que le subyace un “proceso social y material total y conexo” (2000, pp. 163-164).

Como a la producción del arte, a las estructuras de sentimientos es necesario abordarlas como un “proceso formativo” en tiempo presente, un proceso activo que demanda “lecturas” igual y específicamente activas (Williams, 2000, p.151). Es decir, no remiten a formas fijas ni siquiera al pensamiento de lo que se está viviendo: es para Williams lo que se vive, o son las formas o elementos, los sentimientos o pensamientos en su “fase embrionaria antes de convertirse en un intercambio plenamente articulado y definido” (2000, p.53). Tampoco, vale repetirlo, son un fenómeno de índole personal o individual, aunque lo parezcan en un primer momento; por el contrario, como se señaló, son efectivamente colectivas, sociales, dirá Williams —y esto, en contra de una concepción de lo social reducido a formas fijas, explícitas, conocidas—.

Además, la idea de una estructura de sentimientos “puede relacionarse específicamente con la evidencia de las formas y las convenciones” en el arte y la literatura (Williams, 2000, p.157). Las referencias a la literatura y al arte no son casuales en el autor: en su trabajo, en sus análisis, son consideradas como aquello donde se trasciben y registran nuevos sentimientos, donde se comunican experiencias

aparentemente personales y se las convierten en lo que en su obra *Cultura y Sociedad* llama, por ejemplo, un “hito” (2001, p.21): algo que expresa y supone que se ha alcanzado una nueva forma de hablar, de ver, de sentir, de experimentar. Así, el arte es, desde la perspectiva de Williams, uno de los medios privilegiados para “articular” los procesos y cambios socioculturales que están teniendo lugar. Es interesante considerar, en este sentido, cómo el autor estima y *autoriza* a los textos —al igual que a sus productores— como lugares donde se articulan las experiencias, donde se forjan relaciones con la subjetividad, con el lenguaje, con las posibilidades de explorar y descubrir con ellos y mediante ellos las texturas experienciales y afectivas de la sociedad.

Por todo lo anterior, enfocarse en el análisis de las estructuras de sentimiento significa dirigir la mirada hacia experiencias *en proceso* que tienen lugar en una o diferentes áreas sociales, y es atender también a los “significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente” en ellas (Williams, 2000, p.155); en definitiva, es enfocarse en experiencias colectivas nacientes que aunque parezcan aisladas o privadas, están conectadas y emergen de una “continuidad viviente e interrelacionada” que se identifica con esas áreas específicas —áreas muy diferentes entre sí— y que solo en un “estadio posterior” son reconocidas plenamente como sociales: “cuando han sido (...) formalizadas, clasificadas y en muchos casos convertidas en instituciones y formaciones” (Williams, 2000, p.155). Las estructuras del sentir son así una dimensión de lectura mediante la cual el análisis cultural y social releva “muestrarios” culturales emergentes en una sociedad, en un tiempo determinado (Williams, 2000).

Stuart Hall sostiene que el objeto de análisis que Williams llama “estructura de sentimientos” es una cultura distintiva y emergente de las interacciones entre diferentes grupos y clases que se expresa y manifiesta en prácticas sociales; a los fines metodológicos, la indagación de este *objeto* se traduce en descripciones o recreaciones de cómo es pensar y actuar en relación con determinados problemas particulares o, más aún, implica identificar cuáles son los elementos y relaciones claves de esas estructuras subyacentes presentes en diferentes áreas, prácticas o esferas sociales: ideas, palabras, definiciones, comportamientos, percepciones, preocupaciones, estilos de trabajo, etc. (2017, pp. 61-63). De hecho, es la expresión o manifestación de esos elementos en distintas áreas o prácticas lo que indica la existencia y emergencia de una estructura de sentimientos.

Pero hay un elemento al que Williams le atribuye mucha mayor importancia que la que reconoce Hall, y es la presión, la tensión, la resistencia, que llevan añejas las estructuras de sentimiento, junto con las posibilidades de que generen un cambio cultural

o transformen las estructuras sociales o incluso la subjetividad, en cuanto subjetividad en proceso de transformación. Las estructuras de sentimiento son lo preemergente, lo inarticulado, lo productivo —más que lo reproductivo— y, probablemente quiera decir Williams, lo que se vive de manera perturbadora, emocional, lo que se siente como una inquietud, una latencia, un bloqueo. Es el flujo de la experiencia: algo que apenas se ha iniciado conscientemente como práctica, algo que está en proceso de articulación a través de “formas”, “figuras semánticas”, “símbolos” oblicuos y ambiguos al sentido común (Williams, 2000, pp. 156-157), algo que está organizado o configurado de maneras muy diferentes a los fenómenos sociales o institucionales que se analizan habitualmente y que requieren por lo mismo otras formas de análisis. Tal como Terry Eagleton señala, lo que Williams pretende definir o caracterizar así es

la estimulación de formas de conciencia «emergente», que luchan por abrirse paso, pero que no han alcanzado aún el carácter formalizado de los sistemas de creencias a los que se enfrentan (...) Dichas experiencias sociales aún ‘en fase de solución’, [son] activas y apremiantes, pero no articuladas aún de manera plena... (2005, p.76).

El concepto es, desde este punto de vista, una respuesta, un camino para pensar y llevar a cabo análisis de la realidad sociocultural que vayan más allá de las formas *estructuradas*; se enfoca e interroga por el surgimiento de lo nuevo, lo que puede crear un cambio, lo que se escapa y resiste a lo hegemónico y lo que *lo hegemónico* intentará al fin y al cabo incorporar, articular. El concepto representa así una dimensión —o cualidad— central para analizar y estudiar el presente y en particular, por qué no, a la cultura de los medios actual, a su funcionamiento *afectivo*, dinámico, aquello que, como insiste Williams en su ensayo (2000), constituye y remite al sentido viviente de realidad de muchas personas.

Así, de la misma manera en que el autor atribuyó mucha importancia a la literatura, al lenguaje, a la práctica de la escritura como lugar, objeto, espacio, agente donde pueden descubrirse, identificarse, articularse, analizarse, renovaciones, emergencias —especialmente, a través de cambios en el significado de las palabras, como sugiere en su obra *Palabras claves* (2008)—, puede plantearse hasta qué punto este enfoque no puede también extenderse hacia los textos *mediáticos* o, aún más, hacia el lenguaje o los lenguajes (sonoros, visuales, gestuales, etc.) y sus diversos productos u objetos semióticos. Es decir, vale preguntarse de qué manera en ellos se están produciendo y articulando aspectos importantes de la sociabilidad, la subjetividad, la

cultura y, asimismo, de qué manera pueden constituirse en medios para reflexionar sobre la experiencia —para formularla, “formarla” y conocer además la “comunicabilidad social” de esa reflexión y formulación, como ha sugerido Williams—.

Este énfasis en lo emergente, o lo pre-emergente, en los nuevos significados, relaciones, prácticas y valores que se viven y sienten activamente y que, como se afirmó, informan, limitan, presionan, dirigen la experiencia, la percepción o la acción, entablando activamente relaciones con la cultura residual o dominante (Williams, 2000), se propone así como una valiosa dimensión de análisis sociocultural. Hay en este concepto un intento de teorizar los procesos y cambios socioculturales poniendo al sentimiento, al sentir, como una de las modalidades en que experimentamos, nos comprometemos y “encarnamos” transformaciones, y también un intento por llamar la atención y teorizar la constitución afectiva de determinados elementos en la conciencia, en la subjetividad. Por su supuesto, el análisis de este objeto no carece de dificultades; se puede afirmar de él lo que ha afirmado Thompson acerca de la noción de clase, hay en él un “proceso fluido que elude el análisis” (2012, p.27), algo que siempre está encarnado en gente real y en un contexto real, que cobra existencia de resultados de experiencias comunes y que se hacen frente a otros que no las hacen de la misma manera; además, tal como agrega el historiador, aunque pueda advertirse “cierta lógica” en respuestas comunes, no se podría formular una ley... y si bien puede surgir una experiencia común de las mismas, nunca surgen de la misma manera (2012, p.28). Asimismo, el concepto y el análisis que pone a trabajar Williams en su obra, también demanda, como un antídoto contra la fragmentación o la *autonomización* de las categorías (2002), que se ponga en relación esas estructuras de sentimiento con la “totalidad”: es decir, que se interpreten o reconstruya su significado en el contexto sociocultural e histórico más amplio de su emergencia, todo lo cual agrega mucha mayor complejidad al análisis.

Enfatizar lo preemergente y tratar de representarlo en estructuras de sentimiento tiene otras dificultades: no se sabe bien cómo ni por qué aquello preemergente que pueda identificarse es o será posteriormente parte una formación social. Quizás como ha sido sugerido por varios críticos este concepto funcione de manera retrospectiva, cuando se sabe lo que ocurrió. Por otra parte, a pesar del reconocimiento al arte y a la literatura, tampoco está claro cómo estos pueden conducir a estructuras de sentimiento y estas a estructuras sociales. Este fue uno de los déficits señalados por Hall a este concepto (2017): la falta de un abordaje de la relación entre las estructuras de sentimiento con la formación social histórica más general—incluso, yendo más allá, Hall ha opinado que las estructuras de sentimiento son de hecho un “concepto perdido” (Hall, 2017, p.81)—.

Ahora bien, el aspecto que se desea resaltar aquí y que pone en juego el concepto de estructuras de sentimiento es cómo el cambio o la estabilidad social es asegurada o producida por el efecto de sentimientos y afectos hasta cierto punto inarticulados, o incluso inarticulados, algo más allá de las ideas, de las razones o del sujeto racional adoptando posicionamientos, adhesiones o rechazos de manera reflexiva y discursiva, algo más allá de la ideología o las doctrinas. Podría irse más allá aún y preguntarse hasta qué punto esta dimensión afectiva no es la condición misma para las transformaciones sociales o para *modelar* nuevas formaciones colectivas.

En definitiva, lo que Williams sostiene es que son esas “formas significantes”, “embrionarias”, “en solución” el corpus analítico y exploratorio donde aproximarse al descubrimiento o a la articulación de lo emergente, advertir cambios y registrar los “muestrarios” culturales de la actualidad. Esta dimensión u objeto de análisis menos “sólido”, menos “fijo”, es quizás lo valioso que el concepto trae a la luz y que aporta al estudio de la cultura y la sociedad: una dimensión —afectiva— que puede correlacionarse con condiciones sociales de existencia, con estructuras sociales y materiales, con las formas de vida en un momento y en lugar determinado. Una dimensión afectiva a la que se le reconoce una efectividad propia.

Las estructuras de sentimiento, en este sentido, más que ponerse en contacto o relevarse y analizarse en corpus documentales, en textos literarios, etc., quizás se adecúan más a los registros etnográficos y a la “descripción densa” de la realidad (Geertz, 1988) que se orienta a indagar cómo la experiencia se articula en determinados contextos y cómo el análisis cultural necesita pivotar sobre ella (Hall, 2010) para decir algo sobre el tejido o la “capa” de la vida cotidiana y sobre lo que está sucediendo en la cultura o la sociedad. Además, como se mencionó al principio, la afectividad, los sentimientos mismos (desde el miedo, la esperanza, el entusiasmo, el desprecio o el odio), parecen convertirse en una capa cada vez más importante de la vida social, una dimensión que interpela constantemente, que impulsa a actuar constantemente.

Esto seguramente no es novedoso, pero lo que resulta novedoso es quizás el lugar estratégico que recibe este aspecto, la interpelación *masiva*, sistemática que se le hace sobre cualquier tipo de cuestión: la estructura de sentimientos actual, la textura afectiva de la experiencia cotidiana, quizás se caracterice como nunca antes por condiciones o dispositivos socio técnicos omnipresentes que apremian, que piden reacciones afectivas constantes en cuestiones políticas, morales, culturales, sociales, etc.; que solicitan sistemáticamente que se manifiesten preferencias, gustos, decisiones sobre variadísimos asuntos *macro* o *micro* estructurales. Lo subjetivo o el reino de lo

evanescente, de lo inarticulado, de lo preemergente, de lo embrionario, tal como Williams definió a las estructuras del sentimiento, parece ser la condición social más sólida, más efectiva: la forma de nuestra presencia y desempeño cotidiano en múltiples ámbitos y áreas sociales.

En esta situación, vale preguntarse si lo que caracteriza a las estructuras de sentimiento no define también una suerte de nuevo estado o “capa” de la cultura y la sociedad ante la cual hay que producir y poner a punto todo un nuevo vocabulario conceptual para describirla, analizarla, capturarla. El registro etnográfico, la observación detenida, la descripción densa, quizás sea el medio para aproximarse e indagar estos fenómenos tal como Williams los teorizó, como “elementos de impulso, restricción y tono; elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones” (2000, p.155).

Esos “elementos” quizá puedan traducirse a los fines del análisis en expresiones o manifestaciones emocionales mínimas, elusivas, pero determinadas, relacionadas, como Williams sugiere, y orientar hacia una reconstrucción de los mismos en términos de “estructuras” complejas de emociones y sentimientos que se configuran como “afectos” determinados, que indican no cómo piensa la gente sino “cómo se siente” en relación con una problemática o asunto especial o emergente de ciertas condiciones existenciales (los sentimientos de ser “víctima” de la política y del estado, por ejemplo, o las adhesiones y la confianza que suscitan empresarios en el campo político).

Parafraseando a Geertz, podría decirse que los sentimientos son una fuerza ordenadora y su exhibición la imagen maestra de la vida política y social actual (2002, p.96); la política se convierte en un “lugar” y en un “tiempo” determinado mediante las exhibiciones y puestas en escena no de discursos sino de sentimientos. Las apelaciones a lo afectivo, a las manifestaciones emocionales, a lo inarticulado en el discurso, parecen ocupar un espacio dominante en la vida social y, como dice Williams, no hace falta definirlos o nombrarlos para que tengan eficacia. Aún más, los sentimientos parecen ser, en fin, lo bello, lo valioso, lo que *autentifica* experiencias y la verdad misma...

En definitiva, el concepto de Raymond Williams, aun con todos los desafíos metodológicos y teóricos, aun con todo el tiempo transcurrido desde su formulación, quizás sirva para iluminar y orientar el análisis hacia un amplio campo de fenómenos y dinámicas socioculturales y políticas contemporáneas. Las estructuras de sentimiento, los impulsos y tonalidades afectivas, quizás puedan ser esos “componentes” del contexto o de los paisajes socioculturales actuales a los que dirigir la mirada y el análisis para comprender y estudiar comportamientos sociales. Además, el concepto muestra otra faceta interesante, aquella que va más allá de los estados interiores de las personas o de

los grupos y remite a textos, contextos, ambientes, entornos en los que se vive, de los que incluso podría afirmarse que son lugares y momentos de los que *emanan* determinados sentimientos y donde se configuran y constituyen determinados afectos, es decir, atmósferas que *afectan* de una determinada manera a las personas que los atraviesan y que los viven, sea un canal o un programa de televisión.

Además, puede interrogarse hasta qué punto los medios, los textos mediáticos o la cultura mediática *trabajan* cada vez más con las estructuras de sentimiento, o incluso el capitalismo o las prácticas políticas mismas no operan cada vez más con lo preemergente, con los nuevos significados, los nuevos valores, las nuevas prácticas, los nuevos afectos, en cuanto intento estratégico por incorporar, escenificar, articular, actuar o hacer funcionar valores, prácticas, sentimientos, atmósferas o *entornos afectivos*, en función de determinados intereses. A la vez, vale preguntarse cómo la política (la política conservadora, neoliberal) se basa en las estructuras de sentimiento o qué estructuras de sentimiento se pueden basar en qué políticas; de la misma manera, podría preguntarse por las correspondencias entre distintas formas o regímenes de producción, intercambio o circulación de bienes y servicios (las formas más tradicionales o alternativas, llámase trueque, ferias, agroecología, etc.) y ciertas estructuras de sentimiento, entre otras cosas. Williams cierra el ensayo sobre las “estructuras del sentir” en *Marxismo y Literatura* diciendo que lo que está en cuestión ahora es la hipótesis de un modo de formación social explícito y reconocible: quizá pueda interpretarse de esto que cada vez más los conflictos y luchas entre significados o valores, o las estructuras de sentimiento que les subyacen, son articuladas a partir de una reflexividad intensa y una conciencia aguda de las mismas, que recurre a medios y aparatos cada vez más poderosos y omnipresentes en su consecución.


Bibliografía

- Beasley-Murray, J. (2010). *Poshegemonía: Teoría política y América latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C., Passeron, J. C., (2002). *El oficio de sociólogo: Presupuestos epistemológicos*. Madrid: Siglo XXI.
- Barker, M., y Beezer, A. (1994). *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Bosch.
- Cevasco, M. E. (2003). *Para leer a Raymond Williams*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

- Eagleton, T. (2005). *Ideología: Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Geertz, C. (1988). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Geertz, C. (2000): *Negara. El Estado-teatro en el Bali del siglo XIX*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Grossberg, L. (2017). "Stuart Hall: diez lecciones para los estudios culturales". *Revista Intervenciones en estudios culturales*, 3(4).
https://intervencioneseecc.files.wordpress.com/2017/07/n4_art02_grossberg.pdf
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (Eds.). Instituto de estudios sociales y culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador, Envión Editores.
- Hall, S. (2017). *Estudios culturales 1983: Una historia teórica*. Buenos Aires: Paidós.
- Hoggart, R. (1990). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México: Grijalbo.
- Jameson, F., Žižek, S. (2008). *Estudios culturales: Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Lahire, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Buenos Aires: Manantial.
- Larrosa, J. (2000). *Escuela, poder y subjetivación*. Madrid: Piqueta.
- Sarlo, B. (1993). "Raymond Williams: una relectura". *Punto de vista XVI*: 45, Buenos Aires. 12-15.
- Storey, J. (2012). *Teoría cultural y cultura popular*. Barcelona: Octaedro.
- Thompson, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona. Ediciones Península.
- Williams, R. (2001). *Cultura y Sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Williams, R. (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Williams, R. (2008). *Palabras clave: Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Williams, R. (2015). *Sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.

Fecha de recepción: 19 de septiembre de 2020

Fecha de aceptación: 01 de noviembre de 2020

Licencia  Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa):

No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.



Referencias

¹Indirectamente, el estudio de las estructuras de sentimiento constituye un reconocimiento o una atención especial a las capacidades creativas y reflexivas de los agentes, y a las posibilidades de las prácticas culturales, en contra de cualquier visión del sujeto como un epifenómeno de estructuras u órdenes discursivos determinados.